



MERCADO DE LA BARCELONETA. BARCELONA

Entre merluzas y princesas

GABINO MARTÍN TORAL

Asas horas primeras ya revolotean por su cabeza. Aunque la que más anhelaba era la *Tomares ballus*, esa pequeña princesa que se resiste esta extraña primavera. Probablemente encontraría alguna este domingo si fuera a la Riera de Sant Climent.

Tenía entre las capturas del día unas merluzas muy frescas, que seguro que se las quitarían de las manos. Aunque la venta siempre hay que hacerla con amabilidad, simpatía y, si hace falta, con algún comentario “picantón”, que con su envergadura y cara de buena persona siempre agradan.

Estas mariposas univoltinas forman parte de la primavera, única época del año en la que nacen, por lo que su efímera existencia le obliga a estar pendiente del calendario. Aunque ya las ha fotografiado otros años, cada momento es diferente, y el reto es sacarlas más nítidas, más integradas en su entorno y componer una escena con estas actrices de apenas dos centímetros.

Comienza a llenarse el mercado, el bullicio habitual va dispersando los pensamientos y, en un momento, los concentra en la faena diaria. Se esfuman los volteos de las alas, los olores del tomillo y la brisa de las primeras horas.

Tenía ahora un fugaz resplandor de su infancia en la mente, mientras abría una de aquellas merluzas. La limpiaba con sumo cuidado, con oficio, y con la rutina de los movimientos aprendidos y realizados millones de veces. Recordó aquella vitrina enmarcada que le había hecho su padre, cubierta por un pequeño cristal y un fondo de fieltro marrón claro, a modo de relicario, donde se exhibían tristes mariposas pinchadas con un alfiler y que sirvió para un trabajo escolar.

Sin saberlo, en aquel momento se había introducido de manera irreversible en un mundo, en ese instante, desconocido. Tenía once años.



Cortaba con rigor, aunque abstraído, las rajadas del pescado. Eran blancas y mostraban los sutiles brillos tornasolados del fósforo. Abrió la cabeza en dos y, junto con las rajadas, la envolvió con maestría en el papel blanco satinado, de esa forma que sólo las manos de los pescaderos conocen.

La parada estaba repleta de gente que miraba los congrios, las lubinas, las melvas, los rapés, los salmones. Especies imponentes, algunas por el tamaño, otras por sus afilados dientes y todas con unos vidriosos ojos que parecían aún contener un hilo de vida.

Ya tenía en su archivo fotográfico una nueva *Callophrys rubi*, con su característico ojo de perdiz. Es una de las primeras que se pueden encontrar por los parajes cercanos al mar, donde abunda la caliza y también la vegetación más mediterránea. Era casi invisible y sólo unos ojos como los suyos podrían, en un momento de escrutinio, sacarlas de su entorno siempre verde.

A lo mejor se había acostumbrado tanto a ver las pequeñas mariposas que muchas veces apenas distinguía entre la gente una cara conocida del resto. Cierro que, también, las madrugadas en busca de las pequeñas orugas le habían hecho concebir un criterio sobre la importancia de las cosas, donde a duras penas entraban demasiadas personas.

Ahora recordaba a su abuela, aquella mujer que con santa paciencia le dirigió sus primeros pasos en el campo, que conocía a su modo el nombre de todas las plantas y que, sin ninguna ilustración, cuidaba el ritmo de sus palabras hasta hablar con idéntico soniquete al que sentía ahora cada mañana provenir de los murmullos de la naturaleza.

No le importaba limpiar los boquerones por pequeños que fuesen, uno a uno, con pulcritud y acompasado son. Esos momentos siempre eran los mejores para poder realizar un inventario mental de las últimas adquisiciones. La mirada de la futura propietaria de los pequeños pescados seguía con evidente curiosidad el movimiento de sus dedos, aunque sin duda era una escena que había contemplado en infinidad de ocasiones, por lo menos.

Entre los pensamientos sobrevuelan imágenes, algunas fugaces, pero que puedes retener un instante y te transportan a otro lugar, algunas veces lejano, otras inexistente.

La *Zerynthia rumina* era verdaderamente difícil de atrapar, pese a sus vistosos tonos, su capacidad mimética era total, precisamente cuando su hábitat se llenaba de los colores de las pequeñas flores. Ser tan llamativo era algo así como una extraña forma de pasar inadvertido. Esta actitud no era nada humana, pensó, cuando el habitual rayo de luz penetró por una esquina del alto ventanal, en el momento exacto en que estaba pesando un hermoso rape.

Estaba tan acostumbrado al tacto húmedo del pescado que podía distinguir sin ninguna equivocación la especie y si le apuraban hasta el precio. Cada uno conoce su oficio.

Llegó el momento de la calma de la media mañana. El olor a las verduras frescas, a las anchoas saladas y a los vinagres se fue sustituyendo por un aroma de café con churros, de tortilla de patatas y de feliz monotonía.

De niño, los bocadillos del colegio olían a balón de cuero y a felicidad infinita. La que da los momentos que se viven tan intensamente que, aunque pasan inadvertidos quedan grabados como en un molde de cera en algún rincón de la memoria que, seguramente, se llama “para siempre”.

Las mariposas no pueden volar al amanecer. Hasta que el sol las acaricia y las calienta son inválidas de alas. Esto sí le parecía comprensible, aunque tardó mucho tiempo en conocer lo que motivaba otras muchas conductas. La verdad es que no conocía personas que fueran ellas mismas en las primeras horas del día, tanto si habían dormido como si no.

La luz inundaba ahora todo el mercado. Iluminaba con claridad el hielo donde reposaba el género y en algún destello se podía ver el arco iris.

Los rostros más blanquecinos, aunque algo enrojecidos, de parte de la clientela anunciaban a los cuatro vientos un origen muy distinto al de la Barceloneta. A lo mejor esta gente también, a su modo, con sus pequeñas cámaras de fotos pretendía apresar para siempre esos momentos de la vida que se escapan de cualquier manera. No sabía muy bien el origen de ninguno, pero intuía en algunas miradas si sus ojos estaban acostumbrados a mirar el mar, a recibir la luz de las nubes en las montañas o a ver las aceras de una ciudad.

Contemplaba, desde su atalaya de pescadero, tanto los macizos de plátanos como las pequeñas montañas de naranjas, así como los pollos en orden y los faisanes colgados luciendo todo su colorido plumaje.

Este domingo saldría de madrugada y antes de que en el horizonte surja el primer resplandor tendría entre sus manos su “atrapa sueños”, su máquina “hace momentos”, la herramienta que aspiraba a su interior todo lo que veía, sin tocar los colores ni las formas, sin levantar el polvo de las alas y que, en más de una ocasión, había conseguido captar la emoción de ese instante de silencio.

Antes de que se desperecen sus alas, antes de que se agite la fimbria ajedrezada de sus bordes, podría “atrapar” el intenso azul celeste de un macho de *Lysandra*, pequeña representante de la familia de las *Licénidas*.





Se notaba cuando las nubes pasaban por encima y oscurecían el interior del mercado, pero aún se notaba más cuando, en un instante posterior, la claridad iluminaba las branquias de los bacalaos y daba brillo a la piel de los rapes.

El bullicio descendía entre los puestos, la gente comenzaba a retirarse, se incrementaban las conversaciones entre los compañeros de las distintas especialidades comestibles, se retomaban los mismos temas de las primeras horas, como si sólo hubieran sido interrumpidas un minuto fugaz.

Seguramente esta semana las orugas de las *Charaxes* habrán cambiado su estado. Desde su cama de seda, en meditado desplazamiento, habrán buscado una rama cercana al tronco del madroño y, con singular parsimonia de tres días, habrán ido transformando su piel de gusano gordote en una lustrosa crisálida esmeralda, una ninfa.

Los pasillos del mercado estaban salpicados de los rastros de la mañana, hojas de lechuga, papeles con las cuentas y notas que recordaban los ingredientes y cantidades de alguna receta de paella de las que pasan de generación en generación, incluso algún cangrejo de río melancólico que milagrosamente había sobrevivido a las pisadas humanas, carros de la compra y a la incomprensión de algún niño.

Se escuchan los chirridos de los cierres. El sonido que suena a alarma de fábrica a la hora de la libertad.

Sus compañeros fueron limpiando con presteza y recogiendo todos los útiles afilados que nuevamente habían cumplido su misión, mientras él fue retirando las escasas existencias que habían quedado sin vender y limpiando los restos que caían hacia un agujero donde desaparecían para siempre.

En un momento de mayor claridad notó que se había quedado solo. Solo con una luz blanca que se fue tornando amarilla y que iluminaba con inusual intensidad todos y cada uno de los rincones. Salió al pasillo central y pudo comprobar su soledad, y comprender que esa luz que entraba por ventanas y claraboyas no era conocida para él. Tal vez se había quedado dormido un buen rato, pero no lo recordaba.

El amarillo fue dejando paso a unos tonos anaranjados muy suaves, y se desprendían algunos haces que dibujaban franjas plateadas, verdosas y violetas en el aire cálido. Por un momento tuvo la sensación de ver sombras que se agitaban y se proyectaban sobre el suelo y los puestos cerrados. Cuando elevó la mirada se hicieron más precisos los contornos de las alas de las voladoras que en pequeño número habían entrado en el recinto. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral de arriba abajo paralizando su cuerpo. Tuvo en su mente la visión de los ojos de su madre cuando se asomaba a la cuna para consolarle.

Tenía algo de miedo, pero a la vez mucha curiosidad. El espectáculo era tan real como imposible. No cabía duda de la presencia de un buen grupo de mariposas monarcas, la mariposa que recorre hasta cinco mil kilómetros entre su viaje de ida hacia sus santuarios de México y su retorno al norte del continente americano una vez se ha reproducido, siguiendo un ritual inveterado.

Pero no era factible su presencia en estas latitudes, en el Mediterráneo. ¿Qué cosas pensaba? Lo que estaba verdaderamente fuera de lugar era su incursión a cientos, a miles ya, en el recinto del mercado. Además, no comprendía qué sexto sentido les había impulsado a ello en el preciso momento en el que se encontraba solo en su lugar de trabajo, cuando no recordaba haber estado nunca en él sin la presencia de muchos seres humanos.

Cierto que tampoco se conocía qué fuerza oculta, qué anhelo irresistible impulsaba a realizar semejante vuelo migratorio a millones de seres de apenas medio gramo de peso, ni qué sistema de orientación habían desarrollado para conseguir, año tras año y con infalibilidad, su propósito de pasar el invierno en tierras más cálidas, sobrevolando cordilleras y vadeando grandes dificultades. Buscando un lugar para dormir y alimentarse cada noche en el trayecto. O tal vez sabían que su largo vuelo, sólo era el del nacimiento a la muerte.

Quizá estaba soñando, quizá estaba cumpliendo un sueño, en el que sería transportado él también, en aquel instante de sus cuarenta y tres años de vida, a un lugar añorado, un sitio imaginado una y mil veces cada día, por la misma e incomprensible razón que lo fueron ellas.

Los colores de sus alas correspondían fielmente a los reflejos que vio cuando comenzó esto que no sabía calificar.

Ahora se contempló a sí mismo en los territorios de Michoacán, al resguardo del aire polar, contemplando el espectáculo de cien millones de mariposas iguales que cubren el cielo de pequeñas cometas, luego las vio morir sobre la nieve, huir de los pájaros en desiguales persecuciones. Vio cómo coloreaban los frondosos bosques, agrupándose en los arbustos que cubrían completamente, y por fin las vio aparearse en todo lugar y en cualquier momento.

Pero aquellas que ahora respiraban el mismo aire que él respira cada día, no se posan ni un momento. En su cabeza se agolpaban los pensamientos y se mezclaban con los recuerdos, los vividos y los no cumplidos.

Pasados unos minutos de contemplarlas, ahora que ya llenaban todos los pasillos, todo el espacio en el que tantas veces sólo había visto personas y por donde la vida transcurría con inevitable repetición de escenas, recibió un relámpago en su mente igual que el que tuvo a los once años mirando el muestrario de princesas disecadas.

Pronto la claridad de la tarde fue siendo sustituida por las luces mortecinas del crepúsculo. Era raro que no entrara nadie, que nadie hubiera olvidado nada y tuviera que regresar, que no comenzaran los empleados de la limpieza su faena. Quizá era el último día del mercado.

Tener que desmontar una casa donde has vivido tu infancia supone agolpar en cajas de cartón lo que antes llenaba de forma ordenada los cajones, es como recoger agua con un colador.

Recorrer las habitaciones, los lugares donde has visto a tu madre lavar la ropa con sus manos, donde has visto a tu padre sentarse al regresar cada día, es amontonar en el cesto de la memoria muestras de su presencia en ella.





Es una huella que permanece sobre la arena húmeda pero firme, hasta que una ola tras otra elimina cualquier vestigio del pasado, si es que esto ocurre algún día.

Quizá era el último día de mercado, pero eso no lo podíamos saber cuando vinimos.

Cuando nace una mariposa, si eso se puede llamar nacer, no puede ser otra cosa que una princesa, tal vez por nacer de un sueño, o tal vez por surgir de una transformación que sólo puede ser producto de la imaginación del mejor escritor de cuentos infantiles.

GABINO MARTÍN TORAL
Abogado

(LAS FOTOS HAN SIDO REALIZADAS POR EL AUTOR DEL CUENTO)

MERCADO DE LA BARCELONETA. BARCELONA

El Mercado de la Barceloneta fue inaugurado en 1884 en pleno corazón de la Ciutat Vella de Barcelona. Construido con una estructura de hierro propia de los grandes mercados de la época, ha sido remodelado posteriormente en varias ocasiones. Con una superficie total de 2.500 metros cuadrados y una superficie de venta de unos 650 metros cuadrados, el Mercado de la Barceloneta ha sido durante más de un siglo el corazón comercial de esta zona de la ciudad, con una oferta de frutas y verduras, pescados y carnes de gran calidad. Casualmente, la realización del reportaje fotográfico que ilustra este cuento se hizo un sábado por la mañana, el 30 de abril de 2005, sin que el autor del cuento, que también es en esta ocasión el fotógrafo, conociese de antemano que ese era el último día del mercado, cuyas puertas se han cerrado temporalmente para acometer una remodelación integral de sus instalaciones.

